

La Novela Americana Cinematografica



Núm. 35

30 cts.

Rivalidad comercial

por
George Sidney

**LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRAFICA**

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne
Director

AÑO II

Núm. 35

CLANNEY'S KOSHER WEDDING 1927

Rivalidad comercial

Divertida comedia
interpretada por

George Sidney, Anny Brody Sharon Lynn,
Rex Lease, etc.

EXCLUSIVA DE

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66

Barcelona

Postal-regalo: CLIVE BROOK

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Rivalidad comercial

Argumento de la película

I

Algunos autores aseguran que la población de Nueva York está constituida por tres razas: judíos, irlandeses y acaso algún norteamericano.

Nosotros no tenemos motivos para dudar de ello si juzgamos por la casa en que vivía el judío Abraham.

Abraham vivía en el principal derecha y debajo mismo de su piso, esto es, en la parte derecha de la planta baja, tenía su tienda de confecciones, en la que vendía especialmente trajes para caballero.

El principal izquierda lo ocupaba el irlandés Timoteo, y también éste tenía una tienda de "trajes para caballero confeccionados con arreglo a los últimos figurines de Londres" debajo

mismo de su casa, esto es, en la parte izquierda de la planta baja.

De modo que los dos pisos sólo estaban separados por el descansillo de la escalera y las dos tiendas por el zaguán, en el cual había dos puerrecillas, una a la derecha y otra a la izquierda, que daban paso a las tiendas, además de las puertas principales que daban a la calle.

¿Habremos de decir que Abraham y Timoteo eran dos rivales enconados?

* * *

Era la hora de abrir la tienda y, después del desayuno, iba Abraham a dirigirse a la escalera cuando su esposa le hizo esta advertencia:

—A ver si también hoy riñes con Timoteo, el irlandés. Después estás todo el día que no das pie con bola.

—Ya sabes que no me gustan las peleas. Pero, a veces, no tiene uno más remedio que defenderse.

—Siempre dices lo mismo y raro es el día que no vienes a casa con un ojo hecho un fétetro.

Y tras estas idílicas palabras, Abraham se dirigió a la puerta de la escalera y la abrió.

* * *

Timoteo, el irlandés, se disponía a bajar a abrir la tienda, cuando su esposa le advirtió:

—A ver si también hoy apareces con la cabeza llena de chichones. Aunque te divierta reñir con

Abraham, el judío, debes reprimirte. Salimos a espectáculo diario.

—Bien sabes que nunca es mía la culpa. Le pinchan a uno y uno no tiene más remedio que saltar.

Y Timoteo abrió la puerta de la escalera.

* * *

Se habían abierto las dos puertas al mismo tiempo y los dos, Abraham y Timoteo, salieron de espaldas para atender las recomendaciones de sus respectivas esposas y asegurarles que en la hora que ellas tardarían a bajar no habría riñas.

Y como andaban de espaldas y el descansillo era estrecho, tropezaron.

Se volvieron simultáneamente y cruzaron una mirada feroz al reconocerse. La mirada duró medio segundo escaso, pues ni uno ni otro estaban acostumbrados a soportar retos de nadie, aunque fueran mudos, y se abalanzaron uno sobre otro.

Fué el saludo. Abraham era bajito y Timoteo alto, por lo cual éste envió en seguida al tapiz al judío, pero Abraham, que tenía mucha más astucia que su contendiente, le dió desde el suelo una patada que resonó en la rótula de Timoteo como si se la hubiera roto, cosa que, tratándose de la rótula, no tenía nada de extraño.

Intervinieron las esposas y para evitar que cuatro escalones más abajo se repitiera la riña,

les acompañaron a abrir la tienda y ya no se separaron de ellos en toda la mañana.

El día se había presentado demasiado bélico para que los dejaran solos siquiera fuera por unos minutos.

* * *

Esto venía repitiéndose desde tiempo inmemorial. El hecho de que uno fuera irlandés y el otro judío, con la agravante de que tuviera una tienda de confecciones y el otro otra, con la segunda agravante de que las tiendas estuvieran en la misma casa era más que suficiente para que aquellos hombres se miraran peor que bolcheviques y fascistas.

Sin embargo, entre las dos familias, aparte las esposas que actuaban siempre como jueces de paz, había un secreto lazo de unión.

Carlos, hijo del irlandés, y Raquel, hija del judío, se amaban con la consiguiente oposición de sus respectivos y pugilísticos papás.

Raquel era una muchacha encantadora por todos conceptos y Carlos un buen muchacho. Había ascendido recientemente a oficial en el cuerpo de bomberos donde prestaba servicios desde hacía algún tiempo y, casi simultáneamente a su ascenso, había alcanzado el galardón de campeón de boxeo *amateur*.

Los muchachos llevaban sus amores, si no en secreto, con la natural prudencia para no dar a sus padres un nuevo motivo de discusión y de riña, y los padres eran también prudentes respecto a este delicado punto porque los dos

matrimonios amaban a sus hijos entrañablemente.

Como sus padres andaban siempre en la tienda, ellos tenían ocasiones sobradas para hablar y jurarse que se querrían por encima de todo, es decir, aunque Irlanda hiciera polvo a toda la Judea o aunque la Judea se merendara a Irlanda un buen día, que ciertamente no sería muy bueno para el país que sirviera de bocadillo.

Y este amor de los hijos y este desamor de los padres tuvo complicadas consecuencias, como vamos a demostrar al punto.

II

El irlandés estaba a la puerta de su tienda mirando de reojo al judío, el cual se hallaba en la puerta de la suya, mirando también por el rabillo del ojo a su rival. Ambos se decían que el rival había adoptado una actitud retadora y que si no la deponía inmediatamente aquello iba a terminar muy mal.

De pronto, se presentó en la tienda del irlandés un cojo que, después de examinar los trajes que se exponían en el escaparate, le preguntó a Timoteo si tenía unos pantalones para él.

—Ya lo creo—repuso el irlandés—. Precisamente son nuestra especialidad los trajes de un solo camal.

Y volviéndose a su esposa que desde el mostra-

dor lo había oído todo y haciéndole un guiño de inteligencia, le ordenó:

—¡Trae uno de los pantalones de un camal recibidos últimamente!

La esposa, que para el comercio era una ardilla, se apresuró a cortar con unas tijeras un pantalón completo y se lo entregó a su esposo, diciéndole:

—Estos son los de clase primera y los más económicos.

—Ya lo oye usted, señor—comentó el irlandés—, los mejores y los más baratos. Seguramente se han equivocado en la fábrica, pero nosotros queremos aprovechar la equivocación en bien de nuestros clientes.

El cojo, muy contento por la feliz oportunidad, cogió los pantalones para medir el largo del camal aplicándoselos al cuerpo y vió con horror que el camal que faltaba era el izquierdo siendo así que la pierna que a él le faltaba era la derecha.

Abraham, que había seguido toda la escena desde la puerta de su establecimiento, se echó a reír tan ruidosamente que todos los que pasaban por la calle se volvieron y el cojo, creyendo que Timoteo pretendía burlarse de él, le arrojó los pantalones despreciativamente y continuó calle arriba.

Naturalmente, Abraham no podía desaprovechar aquella ocasión de hacer un buen negocio y de dar en la cabeza a su detestado rival y se apresuró a dar las órdenes convenientes a

su esposa en tanto detenía al mutilado cogiéndole por un hombro.

Se apresuró la esposa a cortar el camal de un pantalón, pero, con las prisas, cortó también el izquierdo siendo así que su marido le había dicho que cortara el derecho. Menos mal que se dió cuenta a tiempo y cortó otro pantalón de modo que fuera útil al cojo, el cual lo adquirió sin rechistar por lo que le pidieron.

Muy mal le sabía al judío haber echado a perder un pantalón que para él significaba una pérdida de tres dólares, pero era mucho mayor la alegría de haber derrotado comercialmente al irlandés y ello le permitió estar riéndose media hora larga y con el suficiente ímpetu para que su vecino le oyera.

* * *

Los siguientes acontecimientos del día fueron también notabilísimos.

El oficial de bomberos e hijo del matrimonio irlandés dialogaba en la escalera con Raquel, su adorado tormento e hija del matrimonio judío.

Cada uno en su tienda, judíos e irlandeses repasaban sus cuentas y se tiraban de los pelos por medio centavo, cuando el concejal del barrio, Mac Gonigal, llegó a la tienda del irlandés, siendo recibido como correspondía a su categoría.

Por primera providencia, entregó a Timoteo un tarjetón en que se leía:

MERIENDA CAMPESTRE

dada por el concejal Mac Gonigal en honor de los judíos e irlandeses de este distrito.

Timoteo entregó el tarjetón a su esposa, presa de una nefasta sospecha, y la esposa, después de leer la invitación, preguntó ingenuamente:

—¿Hay que pagar algo?

—Ni un céntimo, señora. Todos los gastos corren de mi cuenta. Quiero demostrarles de este modo mi gratitud por haberme votado.

—¡Oh! Entonces tendremos mucho gusto en asistir para que se vea que tiene usted mucho partido.

—Muchas gracias, amigos míos — repuso el concejal, echando mano de un segundo papel que también entregó a Timoteo.

El papel decía así:

RECOLECTA MAC GONIGAL PARA VIUDAS
Y HUERFANOS DE LA GUERRA

Máximo Adler	5 dólares.
Gerardo Kelly	10 "
Moisés Mayer	7 "

También esta lista pasó de manos del marido a las de la esposa y los dos hicieron el mismo gesto de disgusto.

Timoteo se estuvo rascando la cabeza durante dos minutos y al fin se decidió a exclamar:

—Querido amigo, no podemos dar nada para los huérfanos y las viudas porque los negocios

andan muy mal. Lo único que hemos hecho esta mañana ha sido echar a perder unos pantalones de los que valen diez dólares. Así es que lo único que puedo hacer es autorizarle a poner mi nombre en la lista como ganchó.

Y al decir esto hizo un gesto significativo dirigido hacia la tienda vecina.

—Perfectamente—exclamó el concejal.

Y con gruesos caracteres añadió a la lista:

TIMOTEO CLANEY . . . 25 dólares.

—No falten ustedes a la merienda—dijo Mac Gonigal en tanto se dirigía a la tienda vecina.

—Tendremos mucho gusto en asistir—repuso desde la puerta Timoteo—. Y en cuanto a la suscripción repito que me parece muy humanitaria.

Cuando Mac Gonigal entregó el tarjetón a Abraham el judío, éste se apresuró a pasarlo a su esposa para que se enterara.

—Sentimos muy de veras desairarle, querido señor Gonigal, pero precisamente esta mañana ha recomendado el médico a mi esposa que nada de abusar de la comida.

—Créame que me contraría, pues me habría gustado que todos mis partidarios participaran del convite.

—¿Ha dicho usted convite?

—Sí, señora. Se trata de una verdadera invitación. Todos los gastos corren de mi cuenta.

Abraham se volvió inmediatamente hacia su esposa y le dirigió una mirada furibunda. ¡Bien

se le podía haber ocurrido decir que padecía de las narices en vez de nombrar el estómago!

Pero la esposa, que para arreglar las cosas era la única, exclamó en seguida:

—Tratándose de una invitación, el desaire sería muy doloroso para usted y aceptamos. Todo se reducirá a que Abraham sea prudente y no abuse de los platos fuertes.

El concejal se mostró muy satisfecho de la aceptación y, *como pago*, les entregó la lista pro huérfanos y viudas de la guerra.

Abraham y su prudente esposa comenzaron a leerla al mismo tiempo y conforme se iban dando cuenta de lo que se trataba, sus rostros se iban nublando hasta que llegaron al eclipse total.

De pronto, sus ojos se abrieron desmesuradamente. Al final de la lista habían leído: "Timo-teo Claney, 25 dólares" y aquello les parecía un sueño, mejor dicho, una pesadilla.

—Este hombre se ha vuelto loco. No me cabe duda—dijo el judío a su esposa en voz baja.

—Y la locura nos ha reventado... Porque no vamos a consentir que nos deje en ridículo.

—¡Antes la muerte!—exclamó el judío.

Y se dirigió resueltamente a las estanterías más profundas y bajando uno de los trajes que se alineaban en lo alto del gran ropero, mediante una cuerda y una polea, extrajo del bolsillo de la americana una cartera llena de billetes.

Conforme se dirigía con ella y contando los

veinticinco dólares que se había propuesto dar para no ser menos que el otro, hacia el altruista concejal, iba perdiendo la decisión que había demostrado en un principio.

Cuando tendió los veinticinco dólares a Mac Gonigal el corazón le latía violentamente y sudaba como si, en vez de billetes, fueran pesas de 30 kilos lo que tenía en la mano.

Después de angustiosas vacilaciones, se tapó los ojos con una mano y entregó los billetes con la otra.

La esposa temblaba de pies a cabeza. Ninguno de los dos recordaba haber pasado momento semejante desde el día en que a Abraham se le rompieron las botas y tuvo que comprarse otras nuevas.

III

En tanto estos acontecimientos se desarrollaban en la planta baja, a la puerta de los pisos, Carlos y Raquel murmuraban ternezas, y por la calle llegaba en dirección a la casa Ismael Duffi, el boxeador y amigo del matrimonio judío.

Como lo que a Ismael interesaba era ver a Raquel, entró en el zaguán de la casa sin detenerse en la tienda, pero lo que vió desde allí, por la puertecilla de comunicación, le movió a detenerse y a cambiar de modo de pensar.

Abraham tenía en la mano una cartera repleta de billetes y como Ismael—dicho sea sin ánimo de ofenderle—había sido carterista antes que boxeador, no pudo resistir la tentación de hacer que la cartera pasara a su poder.

Concibió en seguida un plan diabólico y procedió en el acto a ponerlo en práctica, volviendo al portal y volcando sin dejarse ver uno de los maniqués que había a la puerta de la tienda.

El judío dejó la cartera sobre el mostrador en un movimiento instintivo y echó a correr hacia la puerta seguido de su esposa y del concejá para averiguar la causa del vuelco que bien podía ser indicio de que por allí rondaban los cacos.

Al mismo tiempo que ellos corrían hacia fuera, el boxeador corrió hacia dentro del zaguán y penetrando por la puertecilla de comunicación, se apoderó de la cartera, salió rápidamente, también por el zaguán, y se reunió con el grupo en la acera.

Una vez se hubo dejado ver y dirigido al matrimonio unas palabras de saludo, volvió zaguán adentro y se dirigió al principal para ver si tenía la suerte de pillar a Raquel de buen humor y le dirigía unas cuantas frases de esas que son capaces de tambalear incluso a un petotari.

Le sorprendió desagradablemente el ver que Raquel estaba en idílico coloquio con el oficial de bomberos y tal fué su ira, que no pudo me-

nos de dirigir unas palabras mortificadoras a su afortunado rival.

—¡Hola, pollo! No esperaba encontrarte aquí. ¿Has venido a apagar alguna bujía?

Carlos le miró con mezcla de extrañeza e indignación.

—¿Quién es usted para meterse donde no le llaman?

—El campeón de boxeo del distrito y pretendiente de Raquel. Lo demás, puedes imaginártelo.

Por toda respuesta, Carlos fué a abalanzarse sobre el campeón, pero Raquel le detuvo sujetándole por un brazo.

—Acuérdate que has prometido a tu madre no volver a reñir con nadie.

Carlos tuvo un gesto de contrariedad. Tenía razón Raquel. El día anterior le había hecho jurar su madre que no volvería a reñir con ningún judío ni con nadie, pues también Carlos era de los que volvían a casa diariamente con un ojo hinchado o con un nuevo k. o. en su larga lista de triunfos.

Apretó los puños y soportó pacientemente las burlas del campeón, el cual no se marchó hasta que lo hubo puesto como un trapo de esos que se usan para limpiar el suelo.

Del zaguán pasó a la tienda, donde vió que Abraham y su esposa lloraban con desconsuelo.

—¿Qué les pasa, amigos míos? ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿Acaso han cortado ustedes cebolla?

—Nos han robado... nos han robado...—hipó Abraham.

—¿Cuándo? ¿cómo?—exclamó el boxeador, fingiendo gran asombro y contrariedad.

—Ahora mismo. Mientras yo he salido a levantar el maniquí ha desaparecido mi cartera de encima del mostrador.

—¡Oh!

—¡Imagínese usted! ¡Mil dólares!

—¡Y nosotros que los hemos recogido a fuerza de sudores para poder educar a nuestra hija en un buen colegio!

Entonces Ismael adoptó un gesto napoleónico y exclamó:

—Basta de lágrimas. Raquel irá al colegio. ¿Para qué estoy yo aquí?

El matrimonio le miró sorprendido a través de sus lágrimas.

—Sí, amigos míos—insistió Ismael en el mismo tono—. Yo les daré esos mil dólares. Esta mañana los he ganado en un combate. Me haré la cuenta de que no he combatido.

Y les entregó el cheque que la empresa acababa de entregarle.

La alegría y la gratitud impidió al matrimonio pronunciar una sola palabra. Antes lloraban de pena; ahora lloraban de placer.

—Ahora bien—exclamó el boxeador—; quiero pedirles una cosa. Hagan todo lo posible para que Raquel no me siga tratando tan desabridamente. Ya saben ustedes que bebo los vientos por ella.

—Pierda usted cuidado—dijo Abraham.

—Ahora mismo voy a arreglar lo que le interesa—exclamó la esposa.

Al salir al zaguán y ver a su hija en dulce charla con Carlos se la llevaron los demonios y la emprendió a palabras duras con ella y con él, especialmente con el oficial de bomberos, al que puso de vuelta y media, nombrando a su padre y a todos sus antepasados. Irlanda quedó en una situación desairadísima.

A las voces, acudió la esposa de Timoteo y replicó a los insultos de la judía como correspondía a su honor, poniendo a los judíos y a la Judea que no había por donde cogerlos.

A los gritos de las esposas, acudieron los esposos y como cada uno procedió a defender a su costilla, se armó un cisco que pasaría a la historia con letra cursiva.

* * *

En el campo donde iba a celebrarse la merienda reinaba ya gran animación. Allí estaban Raquel y el campeón de boxeo, sentados en un banco en espera de que la merienda comenzara. El parecía muy entusiasmado y ella muy hastiada. Sus padres la habían obligado a ser galante con el boxeador contándole todo lo ocurrido y ella sólo pudo aceptar cuando obtuvo de Carlos la promesa de que asistiría a la merienda y de que no tomaría a mal que de vez en cuando hablara con el boxeador para atender los mandatos de sus padres.

Allí estaban las esposas del irlandés y del judío y una legión de judíos e irlandeses más.

Allí estaba Efraim, primo de Raquel, que no por ser parientes de judíos dejaba de haber nacido en Irlanda y de ser más tonto que un leño y más ridículo que una flor de te.



...se armó un cisco que pasaría a la historia...

De pronto, apareció Abraham cargado como un camión y sudando la gota gorda, en tanto Timoteo, que iba a su lado luciendo una flor en el ojal sonreía y se contoneaba.

Cuando llegaron al lugar de la fiesta, explicaron a los curiosos lo ocurrido.

—Hemos apostado un centavo a que traía to-

dos los paquetes desde casa aquí — manifestó Abraham—y he ganado.

Después se encaró con el rival y le dijo con una sonrisa de orgullo y entre las felicitaciones de toda la colonia judía:

—Me debes un centavo, viejo estúpido.

La idea de que Abraham le había ganado, aunque ello le sirvió para ir muy descansado durante todo el camino, comenzó a hacer mella en el espíritu del irlandés y en seguida echó mano de la venganza.

Sonriendo felicitó al judío por su éxito y cuando todos creían que la nube había pasado, Timoteo le dió a oler la flor que llevaba en el ojal.

Abraham acercó a ella su aguda nariz y cuando aspiró tan fuerte como si quisiera tragársela, el irlandés apretó una perilla de goma que había detrás de la solapa y de en medio del cáliz surgió un chorrillo de agua que se introdujo por las fosas nasales de Abraham.

Inmediatamente se entabló la lucha. Los dos rodaron por el suelo y si las cosas pararon ahí fué porque el concejal intervino suplicando se dejaran las riñas para mejor ocasión, único modo de que la fiesta diera todo su rendimiento de regocijo.

Todos estuvieron de acuerdo con las palabras del concejal y hasta Abraham tendió la mano a Timoteo, diciéndole:

—Seamos amigos aunque sólo sea media hora.

—De acuerdo. Mañana se continuará.

Se estrecharon la mano efusivamente y Abraham, para demostrarle que no le guardaba ningún rencor, abrió su equipaje, extrajo una máquina de fotografiar y le dijo:

—Te voy a hacer una fotografía.

Le colocó bien, aprovechando la coyuntura para darle unos cuantos golpes en diferentes puntos del cuerpo y le obligó a sonreír.

Cuando Timoteo hubo adoptado una postura elegante, Abraham le enfocó, apretó el disparador y de la máquina salió algo que fué a chocar contra las narices de Timoteo. Era una cámara de trampa.

Estuvo a punto de armarse una nueva batalla campal, pero comenzó la merienda y no era cosa de perder el tiempo en puñetazos cuando había otras cosas tan importantes que hacer.

IV

Después de la merienda, Timoteo, que se había puesto de muy buen humor, bailó una danza típica de su país y como fué muy ovacionado, Abraham se levantó y bailó algo que lo mismo podía ser de su país que de la república de Andorra.

Lo hizo malísimamente, pero no podía sentir que su rival bailara y él no.

Después le pidieron que cantara, pero él se excusó.

—Eso sí que no lo sé hacer. Sin embargo, aquí

tenemos a mi sobrino que posee una voz de ángel.

Se refería a Efraim, el cual no tuvo más remedio que cantar, pues le llovieron las solicitudes como si fuera un Hipólito Lázaro.

Nunca lo hubiera hecho, pues sucedió que al ser irlandés, cantó una canción típica de su país que comenzaba diciendo: "Irlanda de mis amores, el mejor país del mundo" y aquello, que pareció muy bien a los irlandeses, los cuales comenzaron a aplaudir frenéticamente, sentó como un cañonazo a los judíos, los cuales comenzaron a atronar el espacio con silbidos.

En dos minutos se había convertido aquello en una marimorena que más que morena era negra como Josefina Baker.

Esta vez fueron inútiles los esfuerzos del concej al por imponer paz en aquel momento encantador de los postres, mejor dicho, de las tortas.

El judío tuvo una de sus geniales ocurrencias. Cuando allí no se veían más que brazos que se agitaban y ojos que se ennegrecían, llamó a Ismael, el campeón de boxeo y le dijo:

—Si quieres a Raquel, dale a Timoteo un buen puñetazo.

Ni corto ni perezoso, el boxeador se dirigió al irlandés y después de quitarse tranquilamente la americana, le descargó un directo a la barbilla del que el pobre Timoteo quedó completamente k. o.

Cómo sería el puñetazo, que el judío fué el

primero en reprochar su brutalidad a Ismael y procedió a prestar auxilio al caído.

Esto había sido presenciado por Carlos, el cual, cumpliendo el juramento que había hecho a su madre, tenía los puños quietos a pesar de que ello le costaría algunos meses de cama, pues le parecía que la rabia iba a hacerle estallar. Pero también fué visto por la madre, la cual al advertir lo ignominiosamente que se había agredido a su esposo, dijo a su vástago:

—Defiende a tu padre. Te relevo de tu promesa.

Carlos saltó como movido de un resorte, dijo a Ismael se defendiera y se abalanzó sobre él. Una magnífica serie de ganchos y directos, envió al campeón por los suelos y acaso hubiera dado con sus huesos en la tumba fría si el concejal no tuviera una buena ocurrencia para aplacar los ánimos.

Se interpuso entre los contendientes y dijo en voz alta para que todo el mundo le oyera:

—Las cosas se hacen bien. Si tantas ganas tenéis de luchar yo os proporcionaré un combate en mi club y al que gane le premiaré con dos mil dólares.

Y añadió para que la tranquilidad fuera general:

—Todos los presentes tendrán entrada gratis.

Carlos e Ismael se mostraron conformes y con ellos aceptaron todos los demás.

En aquel momento, Timoteo acababa de volver en sí y al verse en brazos del judío, creyó

que era él quien le había dado el puñetazo y comenzó a devolverle los golpes.

Pero el judío le detuvo.

—¿Oyes? Tu hijo y mi amigo Ismael van a boxear. Apuesto por mi amigo.

Timoteo se mostró muy interesado.

—Pues yo apuesto por mi hijo todo lo que poseo.

—De acuerdo. ¿Qué apostamos?

—La tienda.

—Eso es: la tienda. Mañana pondremos en regla las cosas.

—Pero nada de decirles nada a las familias para que no se interpongan.

—Ni una palabra a nadie. Ahí va mi mano.

* * *

El día del combate estaban en el club todos los interesados. Como a Raquel no la dejaran ir, ella lo hizo contra la voluntad de sus padres, poniéndose de acuerdo con su primo Efraim.

El combate comenzó decidiéndose a favor de Carlos, el cual envió a Ismael varias veces al tapiz, con la consiguiente inquietud de Abraham, el cual veía su tienda por las nubes.

Aprovechando uno de los k. d., el judío se acercó al ring y demandó al campeón con voz angustiada:

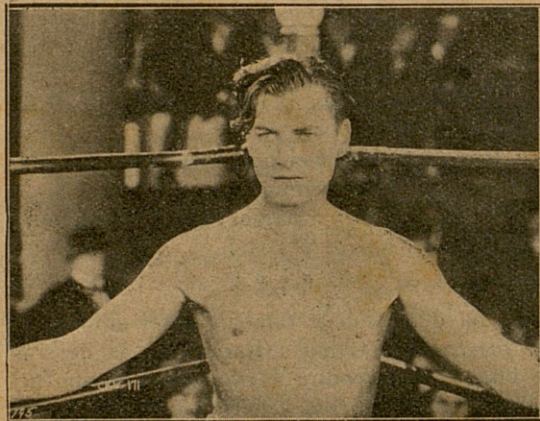
—Si no le vences, estoy arruinado. He apostado la tienda por ti.

—Ahora verá usted—repuso Ismael jactancio-

samente, a pesar de que echaba sangre por todas partes.

Pero lo que el judío vió fué que volvía a rodar por la alfombra.

Efraim, que había oído lo que el judío acababa de decir, se lo comunicó a Raquel, la cual,



El combate comenzó decidiéndose a favor de Carlos...

al saber que su padre se jugaba en contra de Carlos todo cuanto poseía, arrojó un papel a su novio, comunicándole que era preciso se dejara vencer y prometiéndole explicarle el motivo cuando terminara el combate.

Carlos, que leyó la profunda angustia que se reflejaba en el semblante de su amada, no vaciló

en acceder a su demanda y se dejó golpear sin defenderse por los puños del contrincante hasta que rodó por la alfombra como antes había rodado Ismael.

Pero en esto oyó que su padre le decía casi al oído, desde el borde del ring:

—Si pierdes estoy arruinado. He apostado la tienda por ti.

Carlos se puso en pie de un salto como movido por un resorte y se abalanzó furiosamente contra Ismael, el cual cayó para no levantarse hasta que hubieron transcurrido los diez segundos reglamentarios.

El judío estuvo a punto de desvanecerse. El irlandés saltaba de alegría. En cuanto a Raquel, Carlos trató de explicarle lo que había ocurrido, pero ella se negó a atenderle. Ella no podía querer a un hombre que no había accedido a una súplica en la que había puesto todo su corazón y toda su confianza de mujer enamorada.

* * *

En casa de Timoteo reinaba una opresora tristeza. Nadie decía nada, pero todos estaban de acuerdo en que la causa de aquel estado de cosas era la falta de los vecinos de toda la vida y el remordimiento de haberlos arruinado, obligándoles a irse a vivir en un piso barato y con mucha estrechez.

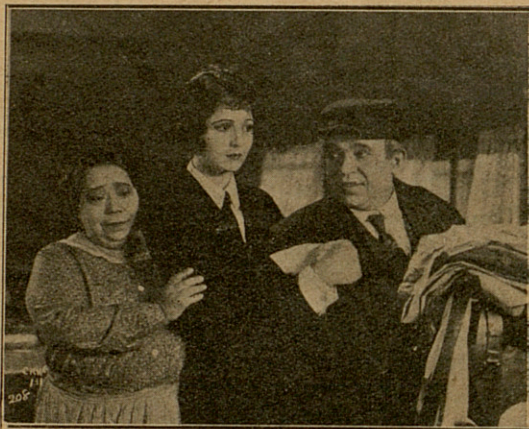
Un día Carlos se atrevió a romper el fuego.

—Papá—dijo—, acabo de cobrar los dos mil dólares que me corresponden por haber ganado

el match y he pensado dárselos a Raquel para que salve a su padre de la miseria.

Timoteo abrazó alegremente a su hijo.

—¡Bravo, muchacho! Eres como tu padre. Precisamente estaba dispuesto a deciros que después de haberle dado un buen susto, que es todo



...a vivir en un piso barato y con mucha estrechez.

lo que pretendía, voy a devolver su tienda al pobre de Abraham, el cual anda vendiendo géneros por las calles del barrio como en sus primeros tiempos.

Y como su madre era del mismo modo de pensar, pusieron en el acto manos a la obra y se

dirigió la familia entera en busca de la otra familia.

Los encontraron en un piso miserable del barrio chino. En aquel momento Abraham estaba consolando a su esposa, la cual lloraba con profunda pena.

—¡No llores más, mujer! Así empezamos la otra vez y ya ves hasta dónde habíamos llegado.

—Pero entonces eras joven, Abraham. Ahora apenas puedes con el maletín. No, no volveremos a levantar cabeza. Y la que lo ha pagado ha sido nuestra pobre hija.

—Estoy seguro de que hoy haré buen negocio. Verás cómo gano lo menos tres dólares.

Una tremenda carcajada interrumpió este diálogo. Los afligidos esposos se volvieron y vieron al matrimonio feliz.

—¿Qué significa eso de ir a hacer negocio por las calles? Los negocios se hacen en casa, como siempre.

—¿Encima te burlas?—exclamó el judío disponiéndose a abalanzarse sobre su eterno rival y al mismo tiempo que éste se apercebía para recibirle con todos los honores.

Tuvieron que intervenir, como siempre, las esposas, y gracias a ellas se entendieron y supieron los judíos que la tienda que creyeron perdida continuaba siendo suya.

La alegría de Abraham y de su esposa no fué para dicha pero la de él se desvaneció como por encanto cuando el irlandés le cogió de un brazo

y un tanto bruscamente le obligó a salir de la miserable casa.

—¡Cuidadito con empujar!

Y al tiempo que lanzaba esta exclamación, enviaba de un empujón al irlandés contra el quicio



...los chicos se casaron...

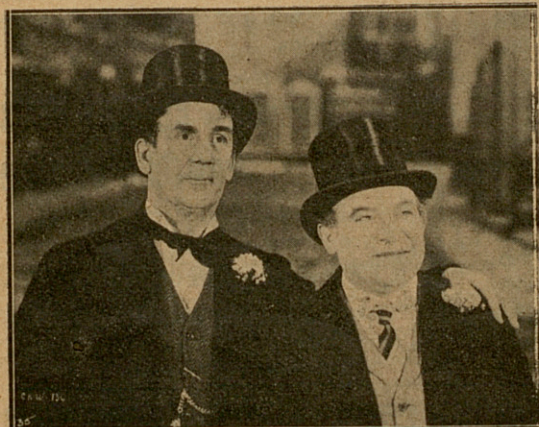
de la puerta por donde aquél trataba de hacerle salir.

Otra vez iban a cogerse cuando aparecieron Raquel y Carlos, aquélla completamente convencida por las explicaciones de su novio, y pusieron paz para dar una gran noticia.

Se iban a casar sin pérdida de tiempo y los

dos mil dólares que Carlos había ganado servirían para hacer frente a los gastos de la boda.

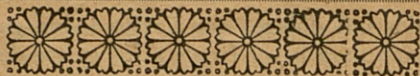
Todavía duró la rivalidad unos días, pero cuando los chicos se casaron y todos, judíos e irlandeses, fueron unos, la paz y el amor reina-



...judíos e irlandeses, fueron unos...

ron en las tiendas y en las viviendas de los que hasta entonces habían sido encarnizados rivales.

FIN



El jueves aparecerá
el sexto cuaderno
de la deliciosa novela en veinte
cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Formidable éxito

¡La novela que todos, aman-
tes o no amantes del cine,
leerán con deleite!

Inmejorable presentación
Buena literatura
Ilustraciones en el texto

PRECIO: 25 céntimos



Éxito sin precedente:

La Novela para Todos

Colaboración selecta. Interesantes
asuntos inéditos.

Ilustraciones en el texto

Pida en cualquier quiosco o librería

La Novela para Todos

Precio: 30 céntimos

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 cts.

Gran éxito de

La Novela Sentimental

Precio: 30 céntimos

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

Vírgenes modernas

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

La senda del 98

Acaba de aparecer:

Espejismos

Esta semana:

Evangeline

por Dolores del Río

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta